
#LAB STREET



EDITO



RIA

Tienes en tus manos el primer número del fanzine LAB STREET, un proyecto colaborativo del alumnado de El Laboratorio de Sueños. Colaborativo en la amplitud de su significado: alumnas y alumnos, de nuestros talleres de escritura creativa, —con edades desde los doce hasta los sesenta y cuatro años— han participado, de forma desinteresada y voluntaria, en un grupo de trabajo para diseñar, organizar, elaborar contenidos, maquetar y distribuir este fanzine. LAB Street no solo es una revista literaria, sino páginas de sueños cumplidos e ilusiones de personas que desean compartir con su ciudad la creatividad que cada semana brota en sus cuadernos y en los talleres de escritura creativa de la escuela.

Y, como todo buen fanzine de espíritu alternativo y callejero, te animamos a que lo fotocopies y distribuyas en tu entorno o, al menos, lo compartas. ¡Apoya a esta pandilla de soñadores!

Ada Menéndez
Gerente de El Laboratorio de Sueños



FanCine

Philip Roth, la literatura sin concesiones

La relación entre el cine y la literatura nunca ha sido sencilla, aunque el cine necesita, de una forma literaria, del guion para poder desarrollarse.

El guion puede surgir de la imaginación del director o guionista o de la adaptación de una obra literaria ya escrita, sobre todo novela u otro tipo de ficción. Cuando se adapta una narración a la pantalla, suele ser muy curioso que si el autor de la misma está vivo acostumbra a echar pestes de lo visto en la pantalla, siente que han desnaturalizado su arte, aunque no le haya importado vender sus derechos por un buen precio. Solo conozco un caso, aunque seguro que hay más, donde un autor, García Márquez, se ha negado categóricamente a vender al cine Cien años de Soledad, su obra cumbre.

Macondo se ha quedado para siempre en la imaginación de sus lectores; aunque a este autor no le ha importado que se realicen proyectos cinematográficos con otros de sus libros.

El escritor imagina los personajes, diálogos y escenarios de sus obras. Tiene una imagen fija de los mismos que se convierten en reales dentro de su imaginación y de esta manera los puede transmitir al lector. La lectura es una abstracción individual, cada lector adecúa los personajes de la historia de una forma individual y solitaria. Vive la historia contada también de una forma imaginativa: la imaginación del autor estimula la imaginación del lector para que sienta la historia como propia.

El cine, sin embargo, transmite la literatura ya dibujada. La película se convierte en un resumen de la obra escrita según el punto de vista del director, y este diseña un guion según sus intereses, que en algunos casos pueden ser comerciales en vez de creativos o intelectuales, y da al espectador todo hecho. Este no tiene que imaginar, solo se pretende que disfrute visual y sonoramente de las ideas del realizador del film; se difumina la complicidad entre el autor y el lector.

Según la mayoría de escritores, el cine destruye la obra escrita, pero también ocurre que una buena película sobre un libro aumente el interés por el mismo y, por lo tanto, sus ventas.

En este número quiero traer a colación a un autor cuya obra ha estado muy relacionada con el cine, Philip Roth.

Philip Roth fue un escritor judío-americano que tuvo una larga vida.

Nació en 1933 y murió en mayo de este mismo año, por lo que considero este artículo como un pequeño homenaje a su memoria.

Es un escritor intimista que muestra con una cierta ironía la vida de la clase media americana. Eterno candidato al Nobel, fue Premio Príncipe de Asturias en 2012, asimismo, ha recibido otros muchos galardones que cualquiera puede consultar en su biografía.

Desde el precio de su trayectoria literaria, el cine vio posibilidades en sus obras por su ácida crítica a la vida de los privilegiados judíos.

Macondo se ha quedado para siempre en la imaginación de sus lectores; aunque a este autor no le ha importado que se realicen proyectos cinematográficos con otros de sus libros.

El escritor imagina los personajes, diálogos y escenarios de sus obras. Tiene una imagen fija de los mismos que se convierten en reales dentro de su imaginación y de esta manera los puede transmitir al lector. La lectura es una abstracción individual, cada lector adecúa los personajes de la historia de una forma individual y solitaria. Vive la historia contada también de una forma imaginativa: la imaginación del autor estimula la imaginación del lector para que sienta la historia como propia.

El cine, sin embargo, transmite la literatura ya dibujada. La película se convierte en un resumen de la obra escrita según el punto de vista del director, y este diseña un guion según sus intereses, que en algunos casos pueden ser comerciales en vez de creativos o intelectuales, y da al espectador todo hecho. Este no tiene que imaginar, solo se pretende que disfrute visual y sonoramente de las ideas del realizador del film; se difumina la complicidad entre el autor y el lector.

Según la mayoría de escritores, el cine destruye la obra escrita, pero también ocurre que una buena película sobre un libro aumente el interés por el mismo y, por lo tanto, sus ventas.

En este número quiero traer a colación a un autor cuya obra ha estado muy relacionada con el cine, Philip Roth.

Philip Roth fue un escritor judío-americano que tuvo una larga vida.

Nació en 1933 y murió en mayo de este mismo año, por lo que considero este artículo como un pequeño homenaje a su memoria.

Es un escritor intimista que muestra con una cierta ironía la vida de la clase media americana. Eterno candidato al Nobel, fue Premio Príncipe de Asturias en 2012, asimismo, ha recibido otros muchos galardones que cualquiera puede consultar en su biografía.

Desde el precio de su trayectoria literaria, el cine vio posibilidades en sus obras por su ácida crítica a la vida de los privilegiados judíos.

Su primer debut literario —un cuento de su primer libro, publicado en 1959: *Goodbye, Columbus*— fue llevado al cine en 1969 con su mismo título, aunque en España conocimos la película como *Complicidad sexual*, —el nombrecito no tiene mucho que ver con el original, pero, al principio de los años 70, lo sexual vendía mucho—. La película, de Larry Peerce, además, contenía la primera actuación de Ali McGraw, aquí en el rol de la atractiva y acomodada chica judía Brenda Patimkin. Su contraparte es Neil Klugman (Richard Benjamin), un universitario también judío, pero de extracción más humilde. Tarde o temprano emergen los conflictos de clase. Para mí es la mejor adaptación a la gran pantalla de su obra, siendo un película muy sesentera, muy bien ambientada, donde los personajes del libro se integran perfectamente con los jóvenes actores y el guionista transmite la esencia literaria en la pantalla. Si alguien disfruta con la obra de Roth, le recomiendo que vea la película, buceando por internet se puede encontrar una copia en versión original subtitulada. Como esta primera adaptación funcionó bastante bien en la pantalla, a los tres años se representó su cuarto libro (escribió 31): *El Mal de Pornoy*, con el mismo actor.

La cinta está basada en un libro bastante irreverente: este comienza con un adolescente de 13 años que se masturba con el hígado de vaca que su madre tiene previsto servir para la comida y se excita sexualmente oliendo las bragas usadas de su hermana. Estas provocaciones no son inusuales en la obra de Roth. Fue un verdadero fiasco comercial, bien por su temática, o porque los críticos no quisieron molestar a la ortodoxia judía que en aquellos años mandaba en la meca del cine y que había considerado al escritor como un proscrito. No he conseguido ver ninguna copia de esta película — es posible que en España no se estrenara—, la censura tardofranquista no podía dejar pasar tamaña blasfemia que contaminara la católica juventud de nuestro país, considerada la reserva espiritual de occidente.

Fancine

No sabemos si fue por los motivos expuestos anteriormente, pero al autor reverenciado en todo el mundo no se le volvió a filmar ninguno de sus libros hasta 2003.

Por Isidro Lacoma



Jorge Escanero



CHARLES DICKENS (1812-1870)

Charles Dickens fue un escritor y novelista inglés.

Publicaba su obra por entregas, ya que en aquella época comprar un libro era un lujo que la mayoría no se podía permitir. Dicen que su infancia estuvo marcada por la falta de afecto y por su temprano inicio, a la edad de doce años, en el mundo laboral.

Mientras su padre estaba en prisión con la mayoría de su familia —a los presos les permitían vivir acompañados mientras cumplían condena—, fraguó una personalidad autodidacta y, sabiéndose poseedor de buena memoria, empleó estas cualidades para convertirse en uno de los novelistas más reconocidos de la época.

Para conocer mejor esta etapa de su vida, os recomiendo *David Copperfield*, su obra autobiográfica.

Compartía amistad con Wilkie Collins, compañero de vida y letras —que terminó siendo conocido como el asistente de Dickens—, y de alguna que otra juerga en los suburbios londinenses.

Dejó un gran legado a la literatura, pero también de descendencia, con diez hijos en su haber. No le importó divorciarse, aunque supuso un escándalo para la sociedad.

Como las obras más conocidas, podemos citar estas tres novelas: *Oliver Twist*, *Grandes Esperanzas* y *Tiempos difíciles*; y en cuentos, el más conocido es *Un cuento de Navidad*. Siendo su obra mucho más extensa.

Pero el Dickens que nos interesa es el que va más allá. Queremos responder a cuestiones como: ¿Qué demonios le rondaban? ¿Cómo creaba esas novelas? ¿Cómo se inspiraba?

En el siglo XIX era común tratar varias enfermedades con opio.

La forma de uso más empleada en Inglaterra era la del láudano y en otros países, como Francia, su consumo era fumada.

El láudano es una preparación alcohólica compuesta por vino blanco, azafrán, opio y otros ingredientes que comenzaron a usarse como algo medicinal, pero los escritores, artistas, pintores, filósofos..., al ver que sus creaciones eran mucho mejores bajo sus efectos, lo siguieron empleando como una herramienta estimulante para ser más creativos. Además de Dickens, los autores de los que se sabe empleaban esta bebida, podemos citar a Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Arthur Conan Doyle, Lord Byron, Goethe y un largo etcétera. Al final, la gran mayoría acabó sucumbiendo y terminaron siendo adictos.

En 1865 Dickens vivió en primera persona un grave accidente ferroviario del que, a priori, negó su presencia por ir acompañado de su amante Ellen Ternan y la madre de esta. Le quedaron muchas secuelas físicas, pero las peores fueron las psicológicas, que pueden intuir aquellos que lean su última e inacabada obra *El misterio de Edwin Drood*, novela gótica y policíaca. Ésta se iba publicando mediante entregas y al fallecer su autor, con la novela inconclusa, esto no atentó contra su atractivo, sino que los seguidores y otros escritores barajaron posibles finales. Los más entregados a la causa realizaron sesiones de espiritismo para intentar que el autor les guiara hacia el final correcto, e, incluso, se creó la literatura droodiana, en la que realizaban investigaciones y finales de todo tipo de géneros.

Tras vivir ese momento traumático, Dickens vivió obsesionado con un misterioso hombre del que poco se sabe, pero su relación con él, o quizás la relación que inventaba con él, le causaba constantes pesadillas y le hizo depender cada día más del opio, debilitando su salud, lo que le llevó a fallecer poco tiempo después de una apoplejía.

El lado oscuro

Charles Dickens, uno de los mejores escritores de la era Victoriana, creador de personajes inverosímiles, nos dejó con su repentina partida muchos misterios.

El mayor de ellos el de su propia vida, que aún a día de hoy perdura.

Curiosidades:

- Fue el primer escritor que usó la palabra «detective» en sus novelas.
- Fundó el periódico Daily News.

Por María Carmona



De charla



Con Mar Blanco

Zuera (Zaragoza). Pintora de acuarelas, escritora y poeta. Entremezcla palabras y colores para atrapar esos instantes de belleza que la vida contiene. Buscadora incansable, su amor por la verdad le llevó al estudio de la Filosofía pura y su pasión por las personas a pintar paisajes del alma, en su mayoría mujeres, en los que, como psicoterapeuta, le apasiona bucear. Firme defensora de los derechos de la mujer y del ser humano, en el que cree a pesar de todo. Ha participado en numerosas exposiciones de acuarelas, tanto individuales como colectivas, y ha realizado portadas e ilustraciones para libros. Colaboradora en diversos medios de comunicación.

Zuera (Zaragoza). Redactora literaria. Imparte talleres en bibliotecas y colegios. Participa y organiza recitales poéticos y tertulias literarias. Finalista en diversos concursos de poesía y relato breve. Ganadora del VI concurso de relato corto 8 de marzo en Huesca.

*Traspásame con tu aliento.
Descose las palabras de mis labios
para que llenen de sentido este
silencio.*

Mar blanco
“Saboreando silencios”.

Mar tuvo la amabilidad de compartir con nosotros un taller en El Laboratorio de Sueños. Fue una tarde amable, de las que discurren con calma y serenidad en torno a un café y pastas. Generosa, compartió con nosotros su experiencia como poetisa, mostrándose sencilla y cercana. No nos dio una clase magistral, nos habló desde el corazón, en una agradable conversación entre personas ansiosas de saber cómo es el devenir de alguien que es reconocido en este mundo de libros y escrituras. Y con esa generosidad contestó a esta pequeña entrevista. Espero haber captado algo de su esencia y saber transmitirla.

P. ¿Qué cosa te gusta, que a nadie más parece gustarle?

R. En el mundo que me muevo, comparto gustos y aficiones. Supongo que veo el lado bueno de las cosas y no me encuentro con gente que discrepe de forma muy diferente a mí.

P. ¿Algo de lo que nunca hablarías en tus textos? Y ¿Cuál es tu opinión sobre la autocensura?

R. No me pongo límites a la hora de contar sobre ningún tema. Sobre la autocensura, a mi lo que me pasa es que la poesía te toca, como cuando las cosas te emocionan, o te conmueven de los demás, y te desnudas ante el lector. Algunas veces, utilizar la tercera persona te ayuda, o te planteas cambiar alguna palabra. Me siento bastante libre a la hora de escribir. Por lo general, la gente cuando lee poesía suele llevarla a las vivencias del lector.

P. ¿El mejor consejo que te han dado como escritora?

R. Primero, leer; segundo, leer; y tercero, leer. Es la única forma de construir un lenguaje propio. Tienes que interiorizar un gran tipo de voces de narradores. De cuantas más fuentes bebas, mejor encontrarás tu propia voz.

P. Si pudieras darle un consejo a un/a escritor/a novel, ¿cuál sería?

R. Leer, sentir lo que escribes e intentar transmitir lo que sientes, no para los demás, sino para ti. De esta manera es auténtico. Goytoso solo desconfía de los que te ofrecen listas para aconsejarnos que la mejor voz es la nuestra.

P. ¿Te corrigen o te corriges? ¿Cuál es tu forma de acabar un texto?

R. No acabo de corregirlo. Después de escrito lo repaso hasta que me doy cuenta que estoy tan metida en el texto que no veo nada más.

Lo meto en un cajón y lo dejo reposar, para volver a leerlo. En alguna ocasión, puedo dejárselo leer a alguien que admiro como autor/a y en el que confió a la hora de tener criterio y que sé será sincero/a.

P. ¿Cómo te sentiste la primera vez que te publicaron algo?

R. De casualidad. Yo presidía una asociación de mujeres en la que hicimos un estudio de campo sobre la transmisión de estereotipos en el juego, que gustó mucho. A la directora del Instituto de la Mujer le gustó mucho y me pidió que lo escribiera en formato de libro. Cuando ya estaban las galeradas, como el puesto de directora era político, los que la sustituyeron lo paralizaron, pero me quedé la prueba de impresión de la imprenta y, un buen día, mi hijo se vió en las fotos y me preguntó por qué no lo sacaron. Vi en Internet a un editor que conectaba con el tema de mi texto y por ahí empecé.

P. ¿Con qué libro has llorado o reído? ¿Alguno que releas?

R. No hay uno concreto, pero si hay una poetisa que releo una y otra vez, es Alejandra Pizarnik, que me llena y me conmueve cada vez que la leo.

P. ¿A quién admiras?

R. A Federico García Lorca. Toca todos los géneros y de forma magistral.

P. ¿Utilizas redes sociales?

R. No soy mucho de redes sociales, pero me han descubierto voces nuevas en la poesía.

P. ¿No temes que el sesgo en los temas del feminismo, recurrente en tu obra, y siendo proactiva en estos temas, pueda ocultar el punto de vista único de tu voz, como autora y narradora?

R. La literatura no es sexista, lo que es sexista es el uso que se hace de ella. Yo no soy de fronteras. Lo de encasillar a las mujeres es para disminuirlas, hacerlas de menos o aparte. No hay literatura para hombres o para mujeres, es universal.

P. ¿No crees que la voz de un/a autor/a es personal e intransferible y que trasciende a la etiqueta de género?

R. La literatura que llega de verdad, la que merece la pena, no es ni femenina ni masculina, ni blanca ni negra. Es, sencillamente, humana. Hoy en día, ser mujer y escritora no debería suponer extravagancia alguna y no merece una mención especial. Y si lo sigue mereciendo, es que algo sigue mal.

Por Teresa Palomo



Carmona



Callejeando

entre mujeres

Casta Álvarez (1776-1846)

Aprieto mi toquilla, tratando de evitar que este maldito Cierzo entre por los resquicios de la lana. Batalla perdida, nada se resiste a él, se cuela en ti haciendo sonar tus huesos como viejos instrumentos oxidados. Algo más para mascullar entre dientes. Hoy la letanía es interminable. Incrédula, miro de nuevo el interior del capazo. Cada día dan para menos las pesetas, es imposible sacar de esas míseras monedas la comida para toda la semana. Ni con todas las argucias que he desarrollado durante estos años lograré llenar el buche de estas insaciables criaturas que el Señor me ha dado por hijos. Y como vuelva a verme el capataz por la huerta... se me enrasan los ojos de pensarlo. Tranquilízate, Pilar, ya se te ocurrirá algo. Veo a un grupo de mozalbetes correr por la calle de la Contaduría detrás de una silueta pequeña, algo extraño en sus andares llama mi atención:

—Bruja loca, que a todos espantas —canturrea el grupo mientras tratan de lanzarle alguna porquería que acaban de recoger del suelo.

Giro la esquina a tiempo para ver a la figura abrir con dificultad la puerta de la Contaduría y entrar en ella, no sin antes girarse para dejar a la vista un rostro surcado por la vejez y las carencias. Mis preocupaciones se disipan, dejando sitio a una furia ingobernable, o eso siempre decía mi madre. Dejo el capazo despacio, me acerco silenciosa al grupo de zagales y cuando los tengo a tiro, suelto mi mano directa a sus orejas. Técnica depurada tras años de crianza:

Callejeando entre mujeres

—¿Creéis que podéis ir por la calle faltando al respeto a vuestros mayores? — Veo la sorpresa dibujarse en sus cara y una mueca de dolor cuando retuerzo un poco más sus pequeños lóbulos—.

¡Cómo os vuelva a ver por la calle amedrentando a una pobre señora!

Ninguno se atreve a mediar palabra. En el fondo, veo al hijo de la Josefa mirar al suelo, tratando de esconderse detrás de sus compinches. Se creerá que soy cegata:

—Y tú, Isidro, ya puedes ir directo a tu casa, porque lo primero que haga cuando llegue a nuestra calle será subir a contarle a tu madre a qué oficios te dedicas.

Escucho una disculpa colectiva y los observo marcharse cabizbajos. Recoloco mi toquilla, por un momento se me olvida hasta el frío, pero la silueta del capazo apoyado en la pared desata otra vez mis fueros internos. Me doblo para recogerlo del suelo, cuando unos gritos devuelven mi atención a la puerta de la Contaduría, donde veo a un funcionario lanzar al suelo a la pobre Señora. Esto sí que ya no lo tolero. Me lanzo decidida hacia el caballerete:

—¿Dónde tiene usted la educación? ¿Acaso esta ciudad ha perdido sus buenas costumbres? —Levanto el dedo para increparle y observó cómo me cierra en la cara— ¡Semejante desfachatez a mí! —grito contra la madera, dispuesta a entrar y terminar lo que he empezado. Pero los sollozos de la mujer me retienen. Bajos las dos escalerillas y la ayudo a levantarse del suelo—. Buena mujer, ¿qué ha pasado ahí dentro?

—Mi pensión —balbucea entre sollozos—, otra vez alguien recogió mi pensión por mí.

—¿Cómo es posible? —Paso un brazo por sus hombros y le animo a explicarse. Ella saca de la cinturilla unos papeles, los recojo y logro diferenciar el *Escudo de Distinción*, (de pequeña, en el barrio algunos de los vecinos fueron distinguidos con él).

Callejeando entre mujeres

Levanto los ojos hacia su rostro para observar su expresión—. Señora, ¿es usted una heroína de los sitios? —La mujer rompe a llorar de nuevo.

—Parece ser que ya nadie se acuerda de esa época.

—Se van a enterar esos miserables.

Subo de nuevo las escaleras y tiro decidida de la puerta, pero esta no se desplaza, está cerrada. La aporreo, grito y me doblego a la realidad. La señora sube para recoger los papeles y emprender el camino de vuelta. Veo su figura girar la esquina.

Mil fuegos arden en mi interior. Recojo el capazo, corro detrás de ella y, cuando estoy a su lado, le susurro:

—Venga, señora, vivo a un par de calles y en mi mesa nunca falta un plato para una heroína de los sitios. —Veo un rayo de esperanza en su mirada—. Seguro que puede contarme grandes historias. Igual compartió trinchera con Casta Álvarez.

— Casta Álvarez —susurra despacio. Eso desata mi esperanza, siempre fue mi heroína favorita. Cuántas noches me dormí escuchando la carga de la caballería polaca.

—Usted la conoció. —Miro con ilusión sus ojos.

Ella suelta una risilla ahogada para añadir:

—Si, bastante bien. Soy yo.

En ese momento, la letanía y el mal humor se esfuman, dando sitio a un profundo dolor. Cómo pueden caer en el olvido estas aguerridas aragonesas, estas amazonas que fueron capaces de defender a Zaragoza, participando en la primera derrota del imperial ejército de Napoleón Bonaparte.

Por Ana Laga



J. Rubio

La Alpargatera



Entrevista incómoda *a Harry Potter*

En el estudio de grabación están Rita, con su pluma, y una Ginny desconfiada. Ambas sentadas en un sofá y, al lado, en un sillón, está Harry. Tiene cara de abochornado y parece que quiere que se le trague su asiento.

RITA: Buenos días, señor Potter. ¿Listo para comenzar con las preguntas?

HARRY POTTER: Buenos días, señora. Por supuesto.

RITA: Bien. Primera pregunta: ¿Es verdad que cuando Voldemort intentó matarle, cuando usted era un bebé, el maleficio rebotó porque usted estaba tan aterrorizado que se le escapó una flatulencia terriblemente potente que desvió el hechizo hacia otra dirección?

HARRY POTTER: ¿Qué? Esto... Bueno, se supone que mi madre murió para salvarme... Es cierto que solamente hizo que sobreviviera, lo de que el hechizo rebotara fue otra cosa. Otra cosa que no me conviene revelar por el momento. Mmmm... Aunque es cierto que comí fabada aquella noche... ¡No, no! No. La respuesta es ¡NO!

RITA: Bien. Segunda pregunta: ¿Es cierto que en el colegio le apodaban Harry Popotter porque en un examen de Transformaciones usted transformó una manta en estiércol en vez de en una esterilla?



HARRY POTTER: ¿Qué? ¡Ese rumor es totalmente falso! He aguantado Harry Potta, pero Popotter... De momento, no.

RITA: ¿Es cierto que, según los libros de la saga de Harry Potter, usted besó a la señorita Cho Chang?

HARRY POTTER: ¿Cómo? ¡Le dije a Rowling que no escribiera eso!
¡RRRRIIIIIIINNNNGGGG!

RITA: Disculpe, señor Potter. Acabamos de recibir una llamada de su esposa, Ginny Weasly.

HARRY POTTER: ¿Dónde hay un colacuerno húngaro cuando lo necesitas?

RITA: ¿Qué dice, señor Potter?

HARRY POTTER: ¿Qué? ¡Nada! ¡Voy al baño!

RITA: Señor Potter, esa es la salida de emer... Bah, da igual.
¡Damos paso a unos minutos de publicidad!

(Cinco minutos después...)

RITA: ¡Bienvenidos de nuevo, oyentes del mundo mágico y no mágico! Después de estos cinco minutos de publicidad, en la que se ha anunciado el estupendo producto de nuestro patrocinador, la revista Corazón de Bruja, volvemos con la tercera parte de nuestro especial: entrevista a los personajes de la Batalla de Hogwarts.

¿Hemos descubierto muchos secretos hoy, verdad, Ginny?

Entrevista incómoda

GINNY: Sí... Demasiados. De hecho, empiezo a sospechar que
haya más.

RITA: ¡Bueno, como decía, hemos llegado a la tercera parte de la entrevista y a la última sección! Aquí la llamamos El Lado Oculto. Porque, como sabrán nuestros oyentes habituales, trata de sonsacar el secreto más profundo y oscuro de uno de los entrevistados. Y nuestro elegido de hoy es... ¡Harry Potter! ¡Un aplauso de nuevo para él!
(Todos aplauden, menos Ginny y Harry).

RITA: Bueno, lo gracioso de esto es que, con el permiso autorizado por el Ministerio de Magia, obviamente, se nos permite echarle un mililitro de Verita Serum en el vaso de Harry, que, naturalmente, lo ha aceptado antes de comenzar la entrevista.

HARRY POTTER: ¡Me obligó! ¡Usted dijo que, si no, no me pagaría por la entrevista!

RITA: Nada más empezar la sección —dictando a su pluma—, Harry ruega con lágrimas en los ojos, y de rodillas, que se suspenda la entrevista. ¿Será que Potter tiene más secretos que ocultar? ¿Tal vez uno mayor que los demás, uno cuya revelación pudiera suponer un cambio para todo lo que él conoce hasta ahora y pudiera arruinar su vida para siempre? Harry mira implorante a su mujer, que no osa dirigirle la mirada tras los recientes descubrimientos. Parece que su relación haya acabado y, sin embargo, es posible que aún quede una mínima esperanza que se destruirá cuando el gran y último secreto de Potter salga a la luz...

HARRY POTTER: ¡Oiga, deje de escribir mentiras! Estoy harto de esta maldita entrevista. ¡Me voy a largar!

RITA: Lo lamento, señor Potter, —haciendo levitar un pergamino en las narices de Harry—, pero eso no es posible. Usted ha firmado un contrato que le obliga a completar la entrevista. Aunque, si quiere, puede irse, pero quedará delante de la audiencia como un mago ilegal. —La pluma de Rita se acerca, amenazadoramente, al papel.

Entrevista incómoda

HARRY POTTER: ¡Está bien! Pero solo una sección mas y me voy a casa.

RITA: Por supuesto, señor Potter, por supuesto. —Cogiendo una botellita de Verita Serum, con una sonrisa maliciosa—. ¿Quieres hacer los honores, Ginny?

GINNY: Obviamente, Rita. —Vierte una gota sobre el vaso de Harry y él se lo bebe.

RITA: Pues bien, comencemos con la prueba. Señor Potter, ¿hay algún secreto suyo que no haya contado esta noche?

HARRY POTTER: Sí..., pero no lo puedo decir.

RITA: Se resiste..., es normal, solo le hemos puesto un mililitro, aunque más de una vez he pedido al Ministerio que nos permitan un buen par de lit... Digo... ¿Con que usted tiene otro secreto, señor Potter? —Hace una seña a la pluma para que comience a escribir.

GINNY: No tendrá que ver conmigo, ¿verdad?

HARRY POTTER: No, Ginny, no es nada que te afecte. ¡Lo juro!

GINNY: Bueno... Está bien, te creo, Harry. Entiendo por qué no querías contarme estos secretos y estoy dispuesta a perdonarte. Pero tienes que prometerme que confiarás en mí a partir de ahora.

HARRY POTTER: Te lo prometo.

(Están a punto de abrazarse, cuando Rita se mete en medio y empieza a dictar a su pluma).

RITA: Entre sollozos, Harry pide de corazón a Ginny que le perdone por su cruel traición y ella, conmovida por sus lágrimas, que le recuerdan los felices momentos de amor vividos entre ellos, decide perdonarle y juntos se funden en un apasionado abrazo...

HARRY POTTER: ¡Si ni siquiera nos ha dejado tocarnos!

RITA: Regresemos a nuestra entrevista. —Más animados por su reconciliación, ambos se sientan—. ¿Cuál es el motivo por el que no puede decirnos su secreto, señor Potter?

HARRY POTTER: Es algo que no conviene en absoluto que se sepa, solo lo sabíamos Dumbledore, yo y... Bueno, no tengo por qué dar más nombres.

GINNY: Rita, si es un asunto relacionado con Dumbledore, no es de nuestra incumbencia. Si a él le parece mejor callar, seguramente es lo correcto.

RITA: Pero Dumbledore no está aquí, querida. Y... —muestra de nuevo el contrato— las leyes son las leyes.

GINNY: ¡Precisamente! Porque ya no puede defenderse, me parece incorrecto hurgar en...

RITA: ¿Su secreto podría provocar una auténtica revolución en la Comunidad Mágica, señor Potter? —Haciendo caso omiso de Ginny.

HARRY POTTER: Es probable que... sí. —Intentando contenerse.

(Exclamaciones de sorpresa resuenan entre el público y Rita muestra una gran y malvada sonrisa. La pluma comienza a escribir sin necesidad de que le dicten).

GINNY: Son los nurggles... —Con cara de terror— Seguro que... no hay tiempo... no hay... —Sale corriendo del estudio de grabación.

PROFESORA McCONAGAL: ¡Señorita Lovegood! ¡Se está buscando la descalificación de Ravenclaw para la Copa de las Casas!

(Continuará).

Por Nerea Marín, Gea e Inés Lázaro (Grupo juvenil de FanFiction)

Jorge Escanero



Laboratorio *Street*

Cada trimestre, desde El Laboratorio de Sueños se organiza el evento literario Laboratorio Street, para que el alumnado de la escuela, que así lo desee, pueda subir a un escenario a leer sus propios textos ante un público agradecido y entusiasta. Además, el fanzine de la escuela se publica y distribuye coincidiendo en la misma fecha ambos acontecimientos.

Estos eventos literarios también sirven como punto de encuentro entre el alumnado y otras personas vinculadas al ámbito literario y/o cultural de la ciudad (poetas, escritores/as, editoriales, músicos/as, escuelas de teatro o baile...), compartiendo todos ellos/as un mismo cartel artístico.

Hasta el momento, ya hemos organizado tres ediciones de Laboratorio Street en Zaragoza y todas han sido en El Sótano Mágico, a quienes les damos las gracias por su acogida y amabilidad siempre que hemos estado.

¡Os esperamos en el próximo Laboratorio Street!
(previsiblemente, en febrero 2019).



1000



Sueños enredados

El domingo 3 de junio del 2018, en el Salón de Actos del Centro Cívico Estación del Norte, presentamos nuestro primer libro de alumnos/as, Sueños Enredados, con una enorme asistencia y participación por parte del público.

En la mesa estuvieron presentando el acto el editor del libro, Luis Sanz (Editorial La Fragua del Trovador), Pilar Aguarón Ezpeleta (prologuista y Secretaria General de la Asociación Aragonesa de Escritores), Fran Picón (poeta y gran amigo de esta escuela) y Ada Menéndez (gerente y docente de El Laboratorio de Sueños). Además, contamos, una vez más, con la música en directo del cantautor zaragozano Mario Iriarte. Después de las palabritas de rigor, subieron al escenario algunos/as de los autores/as del libro para leer pequeños fragmentos de sus textos publicados.

Y, como guinda de este maravilloso pastel, el jueves 7 de junio por la tarde, estuvimos en la Feria del Libro de Zaragoza en la caseta de la editorial para que algunos/as de los autores/as firmaran todos los ejemplares que se fueron vendiendo. ¡Qué gran experiencia para nuestros alumnos/as! ¡Y cuánto orgullo sentimos!

Como broche final, los alumnos/as sorprendieron a Ada Menéndez (gerente y docente de El Laboratorio de Sueños) con una bolsita llena de regalos gatunos (Ada adora los gatos) por haber cumplido la escuela su primer año... ¡de muchos que vendrán!

Sueños enredados



Relatos & poemas



Se vende castillo

por Susana Andrés

Siempre hemos vivido en el castillo. Desconozco cuántas habitaciones tiene, pero sospecho que son catorce. Todas, con una chimenea de piedra y los leños dispuestos para el fuego. Me imagino cómo estarán decoradas. Fantaseo con la idea de que cada una de ellas esté pintada de un color: el salón dorado, la habitación azul, la salita verde. Me gusta la salita verde para recibir visitas porque seguro que es la más íntima y confortable. Sus diminutos sillones isabelinos verde ceniza son ideales para la conversación, mientras se disfruta de unos exquisitos emparedados dispuestos en el servicio de plata sobre la pequeña mesa de caoba.

Creo que la cocina está en la planta baja. Debe de tener el suelo ajedrezado y las alacenas llenas de preciosos platos de porcelana y copas de Bohemia. Me figuro el trajín de las cocineras preparando sabrosas viandas que las criadas no servirán en el enorme comedor dispuesto para treinta comensales.

Sueño con la biblioteca, porque el castillo ha de tener una biblioteca espléndida. Los volúmenes cubren las paredes hasta el techo y huele a barniz y papel. En el centro hay un magnífico escritorio inglés de nogal, tan grande como una caja de cerillas. Qué placer sentarse en él a escribir cartas o a consultar mapas.

Y qué decir del desván. De techos abuhardillados, es el lugar idóneo para que habite el fantasma del castillo. De niñas, es evidente que hubiéramos jugado en él a asustarnos, persiguiéndonos entre los armarios, baúles y triciclos allí guardados.

Me pregunto dónde habrán colocado a mi familia. Evoco a mamá, bordando en la habitación azul, rosas rojas no mayores que la cabeza de un alfiler en un bastidor del tamaño de un anillo de bodas. Papá seguro que está en el salón de fumar, sentado en su sillón favorito tapizado en cuero negro y con capitoné.

Tiene a su lado una pequeña mesa auxiliar de mármol donde descansa una pipa blanca de espuma de mar y un vaso de cristal más pequeño que un dedal.

En el salón de baile, mi hermana Marjorie toca las teclas del piano de cola, tan finas como las púas de un peine de nácar. Entretanto, yo aguardo en mi alcoba. Sentada rígida, frente al tocador, contemplo de refilón en el espejo mi eterno perfil de camafeo. Y espero paciente a la niña que compre el castillo. Aquella que jugará con nosotros y reunirá de nuevo a la familia.



Bip Bip

por Alicia Martín

1949

Capítulo tras capítulo, Coyote siempre salía perdiendo contra Correcaminos. Pasaron los años y todo seguía ocurriendo igual... Golpe tras golpe, siempre perdía y Correcaminos siempre ganaba.

Hasta que un día se le ocurrió a una profesora de talleres de escritura creativa proponer a sus alumnos darle un final feliz. Los alumnos se afanaron en dar diferentes desenlaces, en los que ellos creían darle uno feliz a Coyote. Sin embargo, la expresión de Coyote cada vez era más triste. Ya no había golpes e incluso ganaba a Correcaminos, pero se mostraba desgastado y sin fuerzas ni para correr.

Cada vez tenía menos espectadores. Su audiencia estaba bajando aceleradamente porque el público ya no se divertía.

Hasta que un buen día Coyote se paró delante de la pantalla, se puso las manos en la cintura y, por primera vez, se dirigió al público.

—¿Por qué creéis que no soy feliz? ¿Porque pierdo? ¿Porque no alcanzo nunca a Correcaminos? Estáis muy equivocados. Soy muy feliz porque lo que hago es lo que quiero hacer. Aparentando ser un perdedor hago feliz a todo el mundo y eso me hace feliz a mí. ¿Creéis que hay una receta o normas de la felicidad? La única fórmula eficaz es elegir tu propia forma de felicidad. ¡Bip, bip!

La tendera

por Teresa Gómez

Cuando entraste en la tienda solo buscabas una bobina de hilo un poco más grueso de lo normal. Tus pantalones vaqueros preferidos se rasgaron esta mañana por donde el roce de los muslos más castiga la tela y, aunque te puedes permitir el lujo de comprar todos los que quieras, el recuerdo no muy lejano de los meses en que el sueldo se acababa a partir del día diez, te ha empujado a indagar por la zona en la que vives y apenas conoces. Has encontrado una de esas pequeñas mercerías, superviviente a pesar de los feroces centros comerciales, donde las tenderas tienen de todo y saben, y además te explican, cómo debes hacer las labores.

Al empujar la puerta, anunciado por el sonido de una antigua campanilla colgada del umbral y, suponiendo tus expectativas, una adorable ancianita detrás del mostrador, te has topado con los profundos ojos marrones de la exuberante dependienta que regenta la abarrotada tienda de colores.

Torpe y titubeante, conseguiste hacer tu pedido, pero, consciente y a sabiendas de querer alargar tu visita, has pedido distintos tipos de adornos mientras ella sonreía a medias, conocedora de tu intención, manteniéndote la mirada.

Cuarenta minutos después de entrar en la tienda, fatigoso, sudoroso y abrazado a la vendedora en un suelo lleno de botones esparcidos, con la campanilla silenciada por la doble vuelta echada de la puerta, y escondidos tras el mostrador, has resuelto que las grandes superficies son frías e impersonales. Que no hay nada como el trato cercano de los comercios de barrio y el saber hacer de las afectuosas tenderas de toda la vida.

Cumpleaños

por Rosa Lidón

Como cada mañana, Mayte se levantó y tomó un vaso de agua, al tiempo que tachaba el nuevo día que estaba a punto de empezar en el calendario. Se sobresaltó aún somnolienta al descubrir que faltaba una semana exacta para la fecha de su treinta cumpleaños.

¿Cómo era posible que se hubiera escapado la vida de esta manera? ¿Acaso había conseguido alguna de las cosas que esperaba al llegar a esa edad? Sus recuerdos de niña jugando, al tiempo que fantaseaba sobre cómo sería su vida, se agolparon sobre ella, despertando, como el día que empezaba, un sentimiento de culpa y desilusión por haber defraudado a su niña interior.

Después de todo, ya no había remedio, a menos que pudiera encontrar la forma de retroceder en el tiempo.

Alzó la persiana del balcón que mostraba la calle para ver el tiempo que hacía. Era ya una acción instintiva y no pensada. Mayte, sin ser consciente, sentía que se había transformado en un autómatas que ejecutaba cada movimiento sin pensamiento ni ilusión, sin curiosidad ni sorpresa, sin emoción.

Al asomarse, ahí estaba, un día más, fiel a la cita, aquella silueta que miraba fijamente hacia la ventana de su balcón, mirándole sin mirar, con una obsesión estática que la hacía sentir incómoda. En más de una ocasión, se había descubierto imitando la posición de aquella figura blanca sin rostro, sin ser consciente del tiempo que había permanecido inmóvil de aquella manera hasta ser su reflejo. Dudó si se había transformado en ese maniquí: ¿era la imagen que la observaba una sombra paralizante para sus pensamientos y vida?

Conforme iba tachando los días de la semana, no podía borrar la imagen estática de su cabeza, la había contemplado cada día desde que se mudó hacía tres años, cada mañana y cada noche. Siempre el mismo maniquí, con la misma posición y el mismo vestido negro que nadie jamás compraba.

Descubrió que se sentía más afín a aquella persona inanimada sin rostro que la acechaba, que a cualquier otra persona de su familia o de su entorno. Se sentía hueca por dentro. Fue consciente que desde que se había mudado había desarrollado una obsesión absurda por el contraste del blanco y negro en su vida, abandonando el color que tanto le hacía sonreír de niña, así que no paraba de preguntarse si ese maniquí que la vigilaba de forma incansable podría haber influido en el estado de ánimo que sentía como un plomo sobre su ser, en los dos últimos años.

Tras pasar una semana acompañada por la visión de esa silueta a la que había comenzado a llamar Blanqui, llegó a la conclusión de que todavía disponía de una vida que quería recuperar, y que, para ello, debía salvar a Blanqui si quería salvarse a sí misma.

Mayte se autoconvenció de que tenía que hacer algo por ambas, tanto por ella misma como por su sombra. Estaba decidida y sembró en su interior la idea de que podía lograrlo justo el día de su treinta cumpleaños.

Se levantó entusiasmada, como lo hacía cuando era niña. Había olvidado lo que le gustaba el día de cumpleaños y la sonrisa característica que se adueñaba de ella en su infancia.

En esta ocasión, no tachó la fecha con el rotulador negro habitual, sino que lo rodeó de varios colores fluorescentes. Se encaminó con decisión hacia el balcón, rebosando intención a cada paso. Al subir la persiana, no pudo evitar sonreír y aplaudir con entusiasmo.

Se sintió plenamente satisfecha por haber transformado entre las sombras de la noche el entorno de Blanqui. Había dibujado para ella, con cintas adhesivas de colores pegadas al cristal del escaparate, un sol naranja que guiñaba un ojo y, en el lado derecho, un arcoíris que parecía un tobogán. También había plasmado para Blanqui unos ojos bien abiertos deseosos de vivir y una gran sonrisa con labios de rojo intenso que invitaban a sentir.

La rodeó de mariposas de papel de todos los colores, para recordarse cómo ella misma se sentía de niña ante la propia vida. Tan solo le quedaba una cosa por hacer, antes de continuar el día con una vitalidad desbordante y renovada. Así que, corrió hasta la tienda de ropa que había frente a su casa, compró el vestido negro que llevaba Blanqui, insistiendo mucho en que quería el que llevaba el maniquí. Al salir de la tienda y dar la vuelta a la esquina, lo tiró a la basura.

Aquella acción la hizo sentir liberada, Mayte había recuperado el timón de su vida, se sentía con la fortaleza de dibujar todas y cada una de las cosas que deseaba de niña y de eliminar lo que ya no deseaba. Se decía en sus pensamientos que no era demasiado tarde, que todo empezaba ahora.

Al llegar la noche, tras uno de los días más ilusionantes de su vida, bajó la persiana para irse a dormir, sonrió al ver que Blanqui aún continuaba rodeada de mariposas de colores, luciendo un nuevo vestido lleno de flores.



El turno de noche

por Héctor Pallás

Ya hace un par de horas que el sol se ha escondido y la luz artificial de la ciudad gobierna a retazos en mitad de la negrura de la noche. De camino al parking, entre tapias y tejados, no puedo evitar fijarme en aquel edificio blanco y verde, el más alto de todos. Como cada noche, busco entre la oscuridad la misma ventana iluminada, tratando de imaginar qué habrá sido de su vida. En una ocasión, hace apenas dos meses, reconocí su silueta proyectada contra el cristal. En un acto instintivo, grité su nombre con todas mis fuerzas, pero fue inútil. El abrumador sonido de la ciudad era demasiado estridente e impedía que se alzase mi voz. Tampoco puedo evitar acordarme de él, aunque fuese el culpable de todo, seguía siendo mi hermano, allá donde estuviese.

Hoy, igual que ayer y del mismo modo que haré mañana, me juego el pellejo caminando entre coches, perros y cristales rotos, hacia otra fría y aburrida jornada en el turno de noche. —¡No te quejes! Al menos tú tienes trabajo —me dice a menudo uno de mis amigos.

Y a veces pienso que quizá tiene razón. Él, al igual que los otros paisanos a los que conocí en la calle, ni siquiera tiene un lugar fijo donde pasar la noche y normalmente come de lo que encuentra en las basuras.

Esta ciudad no está sensibilizada con tipos como nosotros. El otro día, tras volver del curro a casa, me encontré con que uno de mis amigos había sido herido en la cabeza. Un grupo de chicos le dio una paliza mientras lo grababan con sus malditos teléfonos móviles. ¡Qué salvajes! ¡Qué falta de humanidad! Y, sobre todo, qué ironía que, precisamente ellos, pecaran de falta de humanidad.

Llego al trabajo poco antes del cambio de turno. Me gusta ser puntual y pasar un rato con los compañeros. Saben que las cosas no me van del todo bien y de vez en cuando tienen un detalle conmigo. Al principio me sentía mal por aceptar su caridad, pero con el tiempo me han demostrado que son buenos hombres en los que se que puedo confiar. Ayer, sin ir más lejos, me guardaron un poco de jamón. Soy consciente de que por un momento perdí las formas y engullí aquel filete con tal ansia que por poco me atraganto. Aquello provocó las risas de mis compañeros, pero sé que no lo hacían con maldad. Juan, como siempre, se despidió de mí alborotándome el pelo como si fuese un chiquillo. Siempre he pensado que la primera vez que lo hizo fue un acto reflejo, casi instintivo, pues pienso que sentía curiosidad de acariciar el pelo de alguien de mi raza. He de reconocer que soy un poco presumido y que pierdo mucho tiempo peinándome, pero aún así no me molesta que lo haga. Siento que se ha convertido en nuestro saludo personal.

Me despido de él y me pongo manos a la obra con mi compañero. Esta noche me toca con Jesús, él es más veterano y se queda en la garita mientras yo me dedico a hacer la habitual ronda de vigilancia. Me gusta este sitio. No es como esos otros aparcamientos del centro de la ciudad, enclaustrados bajo tres pisos de hormigón, abarrotados de coches en medio de un aire irrespirable completamente viciado por el humo que emana de los tubos de escape. Este parking es muy diferente, es una explanada al aire libre, un lugar tranquilo y muy poco concurrido. Desde aquí puedo oler el aire puro que desprende el Parque Grande sin esfuerzo, que en esta noche de septiembre viene mezclado con el olor de la lluvia, anticipando el incipiente otoño que se nos viene encima.

Esta noche va a ser tranquila, lo presiento. Si las cuentas no me fallan, todavía es jueves y son muy pocos los coches que van a permanecer estacionados toda la noche. Dentro de un rato me acercaré para hacer compañía a Jesús, es un hombre mayor al que se le hace larga la jornada nocturna, por lo que sé que valora mi visita.

Estoy dando la última vuelta al recinto cuando un ruido me asusta desde la zona de los contenedores de basura.

—¿Quién anda ahí? —Bufo contra una sombra que se mueve sigilosa entre la noche.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí? —sisea una vieja voz conocida—. ¡Si es el pobre Retógenes! Es él. Megara sale de entre las sombras para que la débil luz de una farola dibuje su inconfundible rostro manchado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con dureza. Hacía años que no le veía.

—He venido a buscar mi coche. —Bromea con esa sorna que tanto odio de él—. ¿Tú qué crees?

—¡Márchate de aquí! Si te pillan me vas a meter en un lío.

—¿Ah, sí? —Sonríe burlón—. ¿Y qué pasa si hago esto? Megara salta sobre uno de los cubos de basura, desparramando todos los desechos que había en su interior.

—¡Basta ya! —Estoy perdiendo los nervios y puedo sentir cómo la rabia hace que se me erice el pelo.

—¿Todavía sigues paseando junto a su ventana?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Ella nos abandonó —gruñe Megara con dureza—. Nos compró como si fuésemos mercancía y nos echó a la calle en cuanto nos hicimos mayores.

—Eso no es verdad y lo sabes. Nos adoptó cuando solo éramos unos críos, después de la muerte de mamá. ¿Acaso has olvidado todo lo que hizo por nosotros?

Megara empieza a caminar alrededor de mí, desafiante.

—Saca de aquí tus bigotes y deja de moverte zalamero alrededor de mí —advertí a Megara. El corazón me late muy deprisa y llevo las garras fuera—. Ella nunca nos hubiese echado de casa de no ser por ti.

—¿Por miau?

—¡Miau!

Una a una se fueron apagando las luces del edificio blanco y verde hasta quedar prácticamente a oscuras. Tan solo quedaba una ventana iluminada en el piso más alto, desde donde ella lloraba escuchando maullar a dos gatos a la luz de la medianoche.



Frío

por Teresa Palomo

La pequeña deseaba que su madre cumpliera la promesa de rescatarla del frío. Esperaba cada tarde que la fuera a buscar a la salida del colegio. Miraba las caras intentando reconocer un rostro que casi había olvidado, solo recordaba la llamarada rojiza de su cabellera. A pesar de los abrazos de sus abuelos, a menudo soñaba que se perdía en una nevada y moría congelada. Imaginaba su cuerpo inmóvil, blanco y brillante como un cristal tallado. Cuando llegaban los hielos era una niña infeliz. El invierno la atrapaba dentro de guantes, bufandas y gorros. En el piso de sus abuelos, la estufa de gas, apresada en el salón-comedor, era incapaz de calentar el resto de la vivienda, dejando las habitaciones indefensas ante los envites del frío.

Todas las noches rezongaba al irse a la cama. Le costaba abandonar la estufa para sumergirse en esas sábanas húmedas que detestaba, porque, a pesar de las pesadas mantas que la dejaban inmóvil como un cadáver, tiritaba sin entrar en calor hasta que conseguía conciliar el sueño. En el colegio no mejoraba su estado de ánimo. Las corrientes de aire corrían libres en las aulas de techos altos y ululaba en los largos pasillos. El uniforme de paño áspero, los mocasines de suela fina y los gruesos leotardos que le producían dentera con el roce sobre la piel eran insufribles.

Por fin, con la llegada del verano, la estufa quedó arrinconada y volvieron las vacaciones escolares, los vestidos ligeros y los días largos. Y cuando ya no hacía falta que la rescataran, se la llevó su madre, envuelta entre las ascuas que desprende la llamarada rojiza de su cabellera. Y vio el miedo en los ojos de sus abuelos, reticentes a dejarla ir. La pequeña pensó que, quizás, allí donde iba, los inviernos no existían.

En su nueva casa descubrió que, de día, su madre se convertía en una bella durmiente mientras la pequeña deambulaba feliz por la casa. Soñaba despierta sin horario de comidas y con los miedos al frío aplazados hasta el final del verano. Quería a su madre simplemente porque le habían enseñado a quererla y, a pesar de sus besos de bruma de alcohol, la pequeña pensaba que ella la alejaría del frío.

Cuando la luz y el calor habían abandonado todos los rincones, el hechizo de la bebida se disipaba y su madre, por unas pocas horas, se ocupaba de ella.

Con la llegada de la noche, se convertía en una madre-dragón que enferma de infelicidad, echaba humo por nariz y bebía para apagar el fuego de su interior. De esa manera, empezaba la invasión de vasos turbios, de ceniceros desbordados y la llegada de un ejército de botellas vacías que eran el remedio para sus padecimientos.

Una noche, su madre-dragón lloraba sobre la cama mientras observaba a su hija dormir a su lado. Le dio una calada profunda al cigarrillo que sujetaba entre los dedos. Aspiraba con fuerza el humo para después expulsarlo por la nariz y esparcía de forma descuidada la ceniza por la cama, una nieve gris que ensuciaba las sábanas arrugadas. Poco a poco, notó cómo el dolor se apaciguaba.

La pequeña disfrutaba de la calidez de las noches de verano y las lamentaciones de su madre se transformaban en una letanía que la adormilaba, alejándola del frío de la casa de sus abuelos y de sus miedos.

Por fin, el dolor desaparecía y el sueño las venció. El contenido del vaso se derramó sobre ellas y el cigarrillo se convirtió en una hoguera. Poco a poco, las llamas inundaban la habitación elevando su temperatura. La formación de vasos sucios y botellas vacías chillaban al estallar al ser atrapados por el fuego, sin conseguir despertarlas. Su madre sentía aliviada que una pesada carga la abandonaba y, ligera, es por fin feliz. La pequeña comenzó a arder y sintió, en un instante, todo el dolor de la vida de su madre.

La vuelta al mundo

por Enrique Beleret

Mirando a través de la escotilla circular,
navegando en mi nave de metal,
dejando flotar mi masa
anhelo detener el tiempo para extasiarme,
gozar con la contemplación de los océanos,
debajo de las eternas nubes de algodón.

Insuflar tanto aire a mis pulmones
que mis ojos no puedan disimular.

Dar vueltas a mi cuerpo,
volteretas a mi corazón.

Y sentir,
sentir la magnificencia de la naturaleza
en estado puro.
Del maravilloso hogar en el que vivimos.

Sí, deseo dar la vuelta al mundo.

Los sueños se cumplen

por Araceli Raya

Tuve telarañas en los ojos
niebla en el pensamiento
bruma en las entrañas

Tengo una visión diluida
un sendero tortuoso
una recta en espiral

Tengo el cerebro en pausa
la voluntad en reinicio
la vida en impasse

Tendré los límites del Universo
los latidos de un púlsar
la antimateria vital

Yo me iré

por Rafael Ferruz

Yo me iré,
ya me estoy yendo,
pero os estáis quedando un mundo de mierda.

Este mundo en el que se escupe la colilla antes de subir al
tranvía
y se gritan sandeces al teléfono en un AVE con parada
intermedia en Lleida Pirineus,
se riegan los jardines en días de lluvia,
y se pregunta al frutero ingenuamente si esta sandía saldrá
buena.

En este mundo en el que no quiero estar,
os quedáis las servilletas de papel de los bares que no secan,
las bolsas de plástico de un uso, los amores de dos.
Aquí para vosotros los botones de rellamada,
la máquina de plastificar avisos para el patio de vecinos
y el champú que no pica en los ojos, ¡maldita sea!

Aquí lo dejo todo, para qué lo quiero.

En este mundo donde las plumas por separado no hacen un
gorrión,
los aleteos de mariposa ya no provocan huracanes en ninguna
parte,
y los besos sin remitente no encuentran el camino de regreso.

Pues eso, que yo me voy marchando.



Aplicando y explorando

por Noé Felipe

Me estoy bloqueando a mí mismo,
mitad camisa de fuerza,
mitad política de privacidad,
los 41 golpes,
el oído perdido, el pelo caído,
calentamiento del globo ocular,
sorber todos los charcos,
jurar y perjurar los atascos,
yonqui lacrimógeno de nulidad,
no hago otra cosa que romper vasos y platos,
exorcizando a los deseos mentirosos,
curso de poesía en guion “Sitcom”,
“Cena recalentada “cuando vagueo en casa,
un Dummy a prueba de su existencia,
diario de Pósits de citas que no acudiré,
miedos seguros + inhóspitos ajenos = pastillas para dormir,
invierno de 15 grados extrañamente frío,
la odisea de mi especie se extinguirá,
si quito Aplicaciones desactualizadas en mi cerebro
y no pongo Límites de Datos en mi corazón hablador.

Aljana poemas

por María Carmona

Nonato

Antes deseaba retroceder
Desandar pasos

Ahora me conformo con saborearte en versos
mientras me emborracho
para olvidar los hijos nonatos
que llevan tu nombre

Abismo

Mi precipicio
es la silueta de tu espalda
donde descubrí
que el chocolate
no alivia la falta de sexo
sino que mata las mariposas
que habitaban
moribundas
entre el corazón
y el estómago

Habitáculo

He pasado tanta vida
fuera de esta habitación
que había olvidado
que era mi cuerpo

Agradecimientos

A todo el alumnado que, de forma voluntaria y entusiasta, ha trabajado en equipo durante todo el proceso de diseño, elaboración, maquetación y distribución de este Fanzine. A las personas colaboradoras, ajenas a la escuela, que han participado en este número aportando desinteresadamente sus ilustraciones o textos: Susana Andrés, Manuel Gomar, Javier Rubio, Carmona, Jorge Escanero. A la poeta riojana Adriana Bañares, por habernos enviado y regalado varios ejemplares de su fanzine, La Fanzine, el cual nos ha servido como referencia a la hora de diseñar el nuestro. A la poeta zaragozana Mar Blanco, por habernos permitido realizarle una entrevista para este fanzine, durante la merienda literaria que mantuvimos con ella en la escuela. A El Gancho Coworking, por facilitarnos todo lo necesario para que este fanzine saliera adelante. A El Sótano Mágico, por acogernos con tanta amabilidad durante nuestros eventos Laboratorios Street. A todas las personas que estáis leyendo este número y que, de una forma u otra, estáis apoyando este proyecto literario.

EDITORIAL: Ada Menéndez
CALLEJEANDO ENTRE MUJERES: Ana Laga
EL LADO OSCURO DE CHARLES DICKENS: María Carmona

ENTREVISTA INCÓMODA A HARRY POTTER:
Grupo juvenil de FanFiction: Nerea Marín (18 años),
Gea (18 años) e Inés Lázaro (12 años)

FANCINE: Isidro Lacoma

LABORATORIO STREET: El Laboratorio de Sueños

DE CHARLA CON MAR BLANCO: Teresa Palomo

SUEÑOS ENREDADOS: El Laboratorio de Sueños

TEXTOS DE ALUMNOS/AS: Susana Andrés, Alicia

Martín, Teresa Gómez, Rosa Lidón, Héctor Pallás,

Enrique Beleret, Araceli Raya, Rafael Ferruz, Noé

Felipe, María Carmona

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Montse Rodrigo

EQUIPO DE CONTENIDOS: Ana Laga, María Carmona,

Isidro Lacoma, Teresa Palomo, Araceli Raya, Lourdes

Redondo, Enrique Beleret, Esther García y el grupo

juvenil de FanFiction

DISTRIBUCIÓN: alumnos/as de la escuela

IDEA ORIGINAL Y COORDINACIÓN: El Laboratorio de

Sueños

ILUSTRACIONES: Carmona; Jorge Escanero; Javier

Rubio; Manuel Gomar

POESÍA VISUAL: La Alpargatera



OCTUBRE 2018

¡¡Participa en el sorteo
de uno de nuestros
talleres subiendo a
alguna de nuestras
redes una foto con
este fanzine en tus
manos con la etiqueta
#LABStreet!!



El laboratorio de sueños

Síguenos en nuestras redes sociales: @escrituralab

